

la inteligencia artificial y la estupidez natural...



José Baró



Ríete de la tecnología antes
de que ella se ría de ti.
(si es que no lo ha hecho ya)

La inteligencia artificial y la estupidez natural

José Baró

Ríete de la inteligencia artificial
antes de que ella se ría de ti.

Este libro está hecho con inteligencia artificial: si lo hubiera hecho una patata no haría falta mencionarlo. También he usado un ordenador y le he dedicado muchas horas. Parte de los diseños tiene su origen en trabajos míos: unos con plumilla, otros con lápiz, otros con cámara fotográfica, otros con aerógrafo. Otros me salieron de la cabeza. Pero de todo esto no hay que avisar.

ISBN: 9798194414697

Publicado de forma independiente.

Lérida (en mi casa)

www.baroparellada.com

baroparellada.com



Llevo décadas viviendo de la comunicación visual: he luchado, sudado y llevado tantas ideas a la práctica que he perdido la cuenta de las que han funcionado y las que no. He recorrido casi todos los rincones de esta profesión tan cambiante, desde la mesa de dibujo hasta los delirios de los algoritmos, y he visto pasar clientes con caprichos de todo tipo: ilustraciones, clases, experiencias y lo que hiciera falta. Un buen día decidí volcar todo eso en una sátira gráfica. Pensé que tardaría un año en tener material suficiente para un libro. Tardé unos meses: el asunto se desbocó y sobró material. El humor sigue siendo el único analgésico que no necesita receta.



Pensamiento cautivo que se desata

Hay cadenas que no pesan porque estamos acostumbrados a ellas y acabamos llamándolas seguridad, aunque muchas veces solo son límites. Durante años hice muchas cosas porque se suponía que había que hacerlas así; algunas tenían sentido, pero otras simplemente llevaban tanto tiempo haciéndose de esa manera que nadie se había molestado en discutirlos.

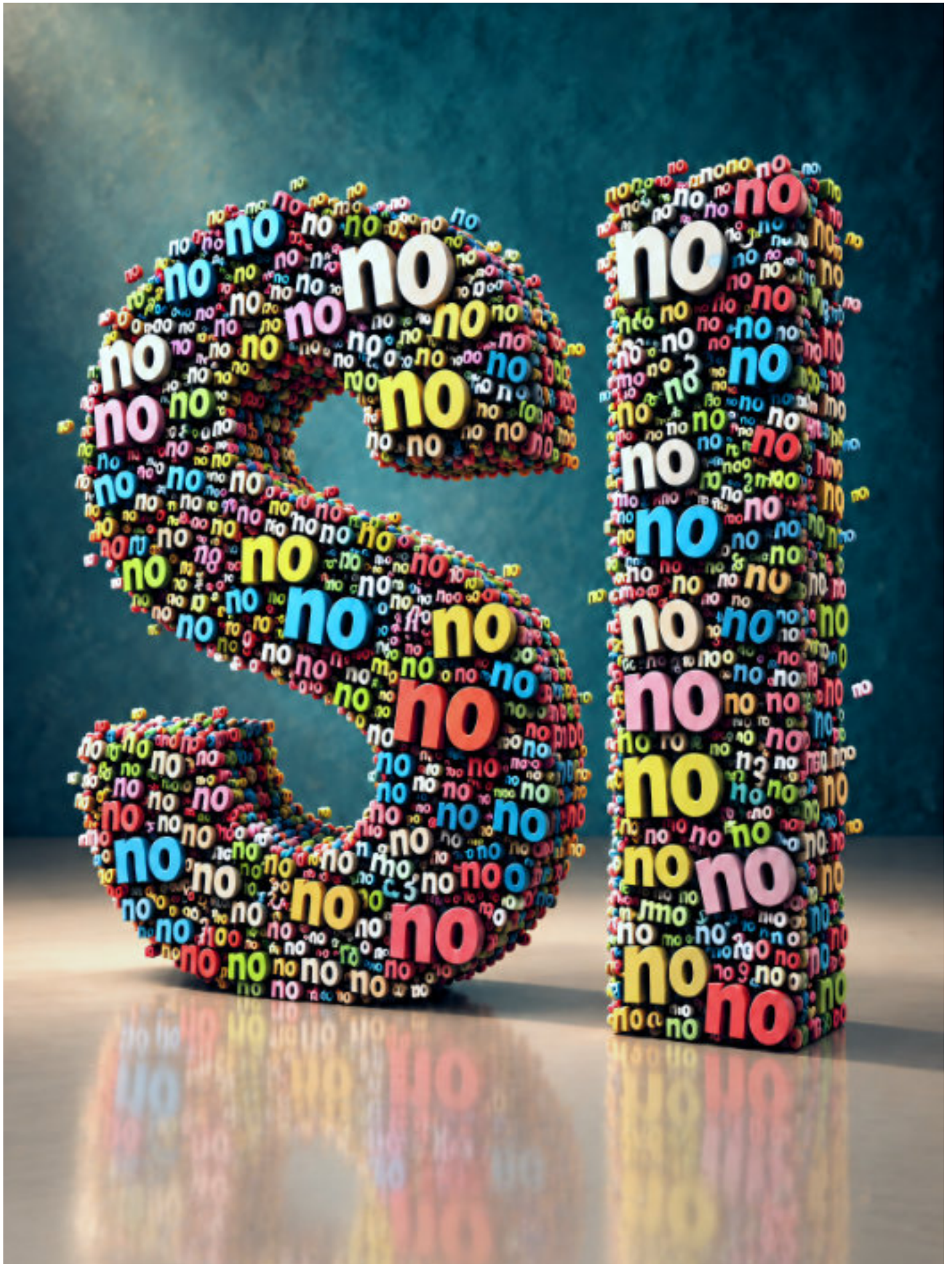
Con las ideas pasa algo parecido: hay algunas que mantenemos durante años sin saber muy bien por qué, supongo que por costumbre, y esa tendencia tiene la ventaja de que evita tener que pensar demasiado. Llevo bastante tiempo haciendo justo lo contrario: quitar, cambiar y probar cosas, incluso cuando probablemente estaban mejor como estaban. Arreglar el mundo no me interesa. Cambiarlo un poco, sí, pero solo por encargo.



Los noes también fabrican síes

Me dediqué a tragarme los noes como si fueran verdades: «no puedes», «ni lo sueñes»... Y yo, con cara de pasmarote, me los iba creyendo y fui acumulando restricciones sin darme cuenta. Para mantener aquello en pie hacía falta una dosis de miedo, prudencia, costumbre y, sobre todo, imaginación para encontrar siempre una razón por la que algo no podía hacerse. Funcionó durante años, hasta que acabé harto de escucharme las mismas respuestas antes de haber hecho la pregunta.

He descubierto algo bastante incómodo: muchos de aquellos noes no intentaban protegerme de nada. Simplemente estaban acostumbrados a mandar y, cuando dejaron de hacerlo, descubrí que algunos «no puedes» no tenían ningún poder para joderme. Llevaban años aprovechándose de que nadie les plantara cara.



Las flores que come son de jamón

Parece una rosa. Hay quien la mira y ve una obra de arte, otro habla de composición, otro de equilibrio, otro pregunta quién ha tenido la idea. Y siempre aparece alguno que no dice nada, mira la rosa, mira a los demás y espera. No necesita saber de arte, ni de flores, ni de composición, solo necesita reconocer una loncha de jamón cuando la ve. Coge una, se la come. Coge otra y otra. Mientras los demás siguen intentando averiguar qué quiso decir el artista, él se come la flor hasta que en el plato no queda nada. Los demás siguen hablando de arte mientras él ya va por el postre.



El miedo del fantasma

El fantasma no teme al viento, ni a la oscuridad, ni a los monstruos. Se pasea por las casas vacías y atraviesa las paredes sin hacer ruido. Nadie puede atraparlo: siempre encuentra por dónde escapar. Y si quiere esconderse, cualquier rincón le sirve.

Pero basta el aleteo de una polilla para hacerlo temblar. Se le encogen los pliegues y levanta los brazos, nervioso. Huye de habitación en habitación, temblando. Se acojona, aunque cojones no tiene.

Porque hay algo peor que el miedo: quedarse sin sábana porque las polillas se la han comido.



Esto es un desnudo integral...

Un filete puede parecer inocente hasta que alguien decide cortarlo de una forma determinada. Entonces deja de ser solo un filete: puede convertirse en un problema. Basta con que alguien reconozca una forma y decida que no debería estar ahí para que enseguida aparezca el censor, dispuesto a decidir qué puede ver el público y qué debe desaparecer. Unos ven algo que debería censurarse, otros ven una broma y otros simplemente ven un filete.

Mientras unos buscan motivos para prohibirlo, otros siguen mirando. No buscan mensajes ocultos, intentan averiguar qué clase de corte tienen delante. La carne sigue ahí, con su silueta sospechosa, mientras todos discuten sobre lo que representa. El censor ordena retirarlo. El camarero pregunta por qué. ¿Está demasiado hecho o poco hecho?







Un cerdo con cien jamones

La naturaleza tiene estas cosas. Cruza especies, mezcla genes y, de vez en cuando, junta un cerdo con un ciempiés y produce resultados que un veterinario tendría que mirar dos veces. Si algo tiene una utilidad, alguien acabará encontrándosela.

Uno aporta una cosa, otro aporta otra y, después de varias generaciones, aparece una combinación que obliga a revisar los cálculos. No porque sea más fuerte, más rápido o más inteligente. Porque produce más patas. Cuando surge un animal con semejante capacidad de producción, nadie pregunta si la genética se ha vuelto loca.

Preguntan cuánto jamón se puede sacar de un cerdo con cien patas. No les importan las patas, les importa la pasta.

Chorizo artesano de última generación

Ingredientes (por orden de cantidad):
datos, dinero, tiempo, relojes que ya no dan la hora,
teléfonos que sí. Sin gluten. Sin filtro. % de vida
real: no especificado por el fabricante. Envasado al
vacío de conciencia, para conservar mejor la culpa.
Elaborado en una instalación que también procesa
tu privacidad.

Modo de empleo:
abrir, consumir, repetir sin preguntarse por qué. Si
al terminar se siente vacío, ha leído bien la
etiqueta.



El pollo está dentro de la salchicha

El pollo sostiene una salchicha de pollo y no sabe quién hay dentro. Podría ser un desconocido, un pariente o él mismo dentro de unas horas. La mira con cuidado, intentando descubrir si todavía queda alguien que pueda cacarear, protestar o explicar cómo ha llegado hasta allí. Quiere pedir ayuda, exigir respuestas y saber quién ha metido a uno de los suyos dentro de una salchicha, pero teme que, si hace demasiado ruido, el siguiente sea él.

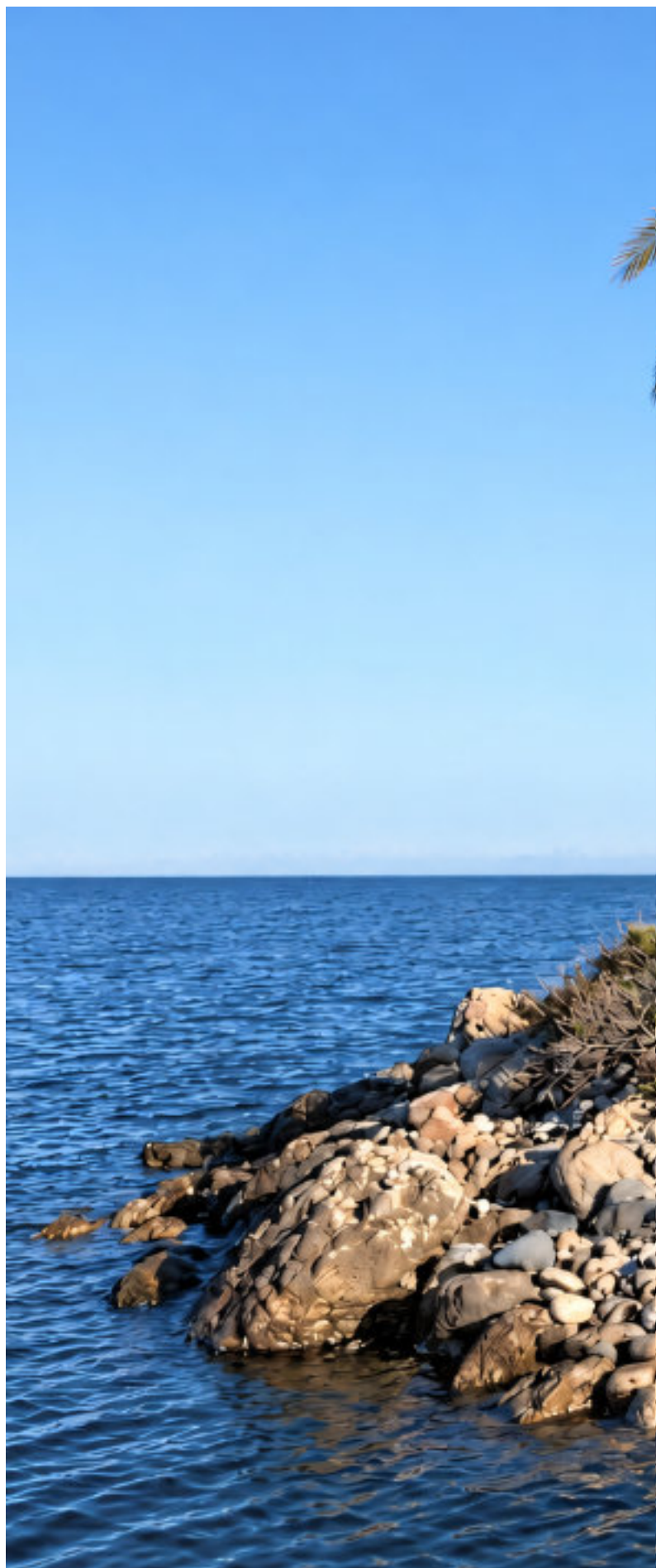
Acaba de descubrir cómo termina el que cacarea demasiado. Ahora tiene motivos para montar el pollo.



Aquí no pica nadie: he cambiado el hilo, el sitio, el cebo, y cuando se acabaron los gusanos, hasta una uña y un mechón de pelo. El mar está lleno de peces y no pica ni uno.

De repente noto un tirón, tiro de la caña con toda la ilusión del mundo y saco una espina. Ni pez ni seguidores. Parece que al algoritmo solo le gustan los que tienen millones de seguidores.

Sigo aquí, esperando que algún día se dé por enterado. A este paso voy a tener que disfrazarme de pez gordo para que me haga caso, y acabar flotando entre los que llevan años comiéndose el pescado que pescan los demás.





Solo he venido a mirar

Te estoy mirando. Sí, a ti. No apartes la vista, que luego parecerá que no sabes muy bien qué has venido a hacer aquí. Las imágenes hablan por sí solas, pero tengo una duda: ¿las hiciste así a propósito o se te fue el tarro? Si fue intencionado, me preocupa la intención; si no, me preocupa el autor. Yo estoy aquí, tan tranquilo, como si no tuviera ninguna responsabilidad en todo esto. Llevo mucho tiempo observando a los humanos. Tenéis una costumbre curiosa: cuando no sabéis explicar algo, lo llamáis arte. Si nadie lo entiende, decís que esa era precisamente la intención. Yo prefiero seguir siendo cuervo: miro, no entiendo nada y no pregunto. Uno aprende a reconocer cuándo está perdiendo el tiempo y yo ya he visto bastante como para que ahora vengan a comerme el coco.





The background of the page features large, light gray, stylized letters. On the left, a large 'R' is partially visible. In the center, there is a solid gray vertical bar. To the right of this bar, a large 'S' is visible, with its bottom portion overlapping the text area.

Esta página la he dejado así, yo.
Para que luego digáis que me lo
hace todo la máquina.

¡Es brujería!

Hablaba con personas lejanas, reconocía rostros sin tocarlos y se alimentaba de las paredes. Los sabios de la corte no tuvieron dudas: aquello era brujería. Pero su peor delito fue pedirle una contraseña al rey. «¡En mi reino, las preguntas las hago yo!», gritó Su Majestad. Lo juzgaron aquella misma tarde y lo condenaron a diez azotes por brujo e impertinente. No acabó en la hoguera porque sabía demasiado.

Atado al palo, el móvil vio acercarse al verdugo con el látigo en alto. «Introduzca su contraseña», le soltó antes del primer golpe.



Dudas existenciales

Especialistas en arruinar fiestas. Trámites inútiles. Consultoría de la nada. Certificados de fracaso. Consejos no pedidos. Se buscan culpables. Segundas opiniones. Certezas garantizadas. Si los hechos no coinciden, se revisarán. Soluciones que justifican el problema. Errores con denominación de origen. Promesas sin fecha de entrega. Preguntas sin respuesta. Consulte nuestras respuestas sin pregunta. Interpretaciones a su favor. Esscrúpulos fuera de presupuesto. Autocrítica por encargo, dirigida a terceros. Optimismo según existencias. Pesimismo con entrega inmediata.

Atendemos con cita previa. Los pedidos se cobran por adelantado. En caso de reclamación, pregunte por el culpable, tenemos uno.



Crece pelo de cejas

Las ideas hacen lo que quieren, y a muchos el cabello se les cae sin avisar. Sin embargo, nadie —nadie— se ha quedado calvo de las ingles. El pelo no falla nunca.

La solución, entonces, es de sentido común: dejarse crecer las cejas y peinárselas hacia atrás, hasta cubrir toda la cabeza. La naturaleza ha decidido, sin consultarnos, qué le importa de verdad. Y no es lo de arriba.

Será que ahí arriba las ideas se funden. Abajo, en cambio, lo tenemos todo muy claro.



Carne para los tiburones y alpiste para las palomas

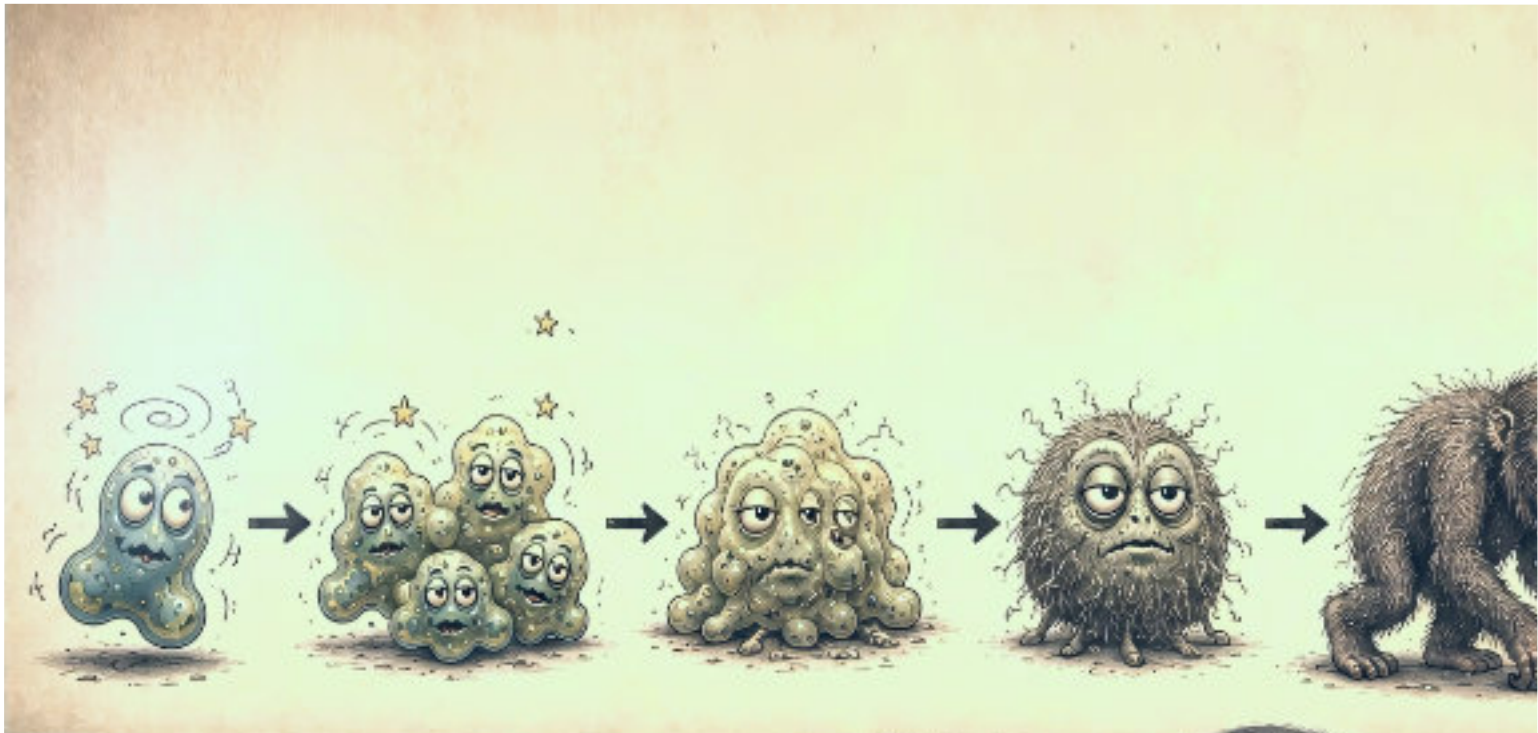
Cada uno come de lo que le echan. Hay quien necesita un buen chuletón para hablar de negocios, contactos y oportunidades, y quien con un puñado de alpiste tiene bastante para pasarse el día picoteando cualquier cosa. Unos buscan clientes, otros seguidores. Unos lanzan anzuelos y otros esperan que les echen comida.

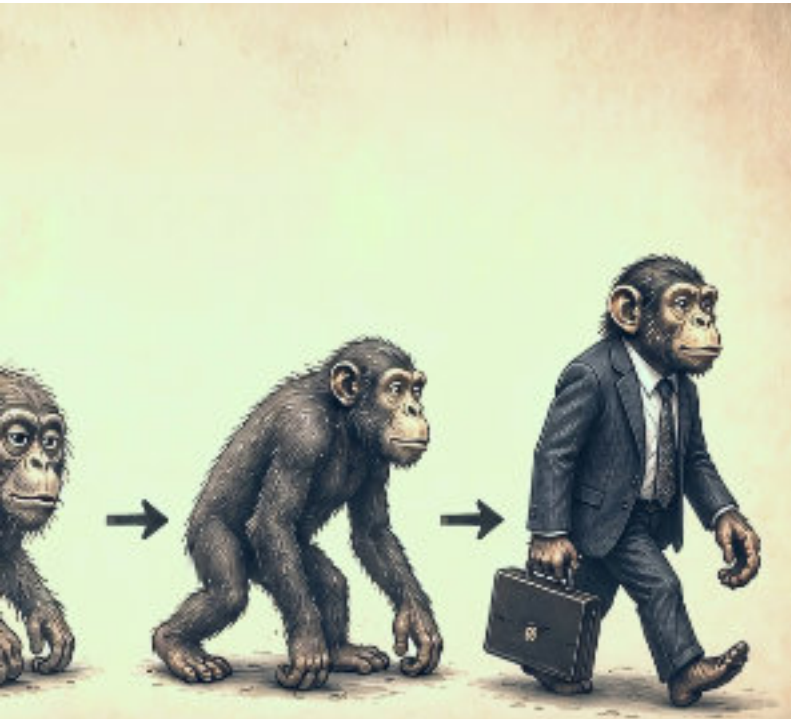
Tampoco es tan difícil distinguirlos: mira lo que persiguen y lo que están dispuestos a hacer por conseguirlo. Si saltas por un chuletón, eres tiburón. Si te lanzas sobre el alpiste, eres paloma. Y si eres quien reparte la comida, da igual quién tengas delante. Mientras tengan hambre, seguirán volviendo. Y mientras tú tengas el saco lleno, tendrás amigos, admiradores y hasta quien te crea imprescindible.





Unas amebas mareadas se unieron





Unas amebas flotaban sin preguntarse qué sentido tenía su existencia. Comían, se dividían y seguían adelante. Hasta que algunas cogieron una resaca, se unieron y, después de millones de años de juerga, acabaron convirtiéndose en cualquier cosa.

Aquella cosa aprendió a caminar sobre dos piernas y se sintió superior. Descubrió el fuego, inventó la rueda y empezó a fabricar herramientas.

Luego comprendió que también podía fabricar cosas que no necesitaba. Y así llegaron las ciudades, el dinero, las guerras, la burocracia, internet y las maravillas que hacen la vida mucho más complicada de lo que era.

Pero faltaba algo. La IA. Aquella cosa había tardado millones de años en desarrollar un cerebro extraordinario y, justo cuando por fin lo tuvo, encontró la manera de no utilizarlo.





Es un sin parar



Un camino puede parecer distinto cada vez que lo recorremos. Aceleramos, frenamos, creemos dejar atrás un lugar y seguimos adelante. Pero, con el tiempo, volvemos al mismo sitio. El paisaje cambia, nosotros cambiamos y creemos que el camino ya ha pasado. No hay primeros ni últimos, solo un orden que cambia, todos avanzando en la misma dirección. El que va detrás acabará pasando por delante, aunque nadie haya adelantado a nadie.

No hace falta llegar a ninguna parte. Siempre queda otro tramo, otra explicación, otra manera de convencernos de que avanzamos, porque mientras sigamos hacia delante, siempre podremos llamar progreso a dar vueltas.

Este viene con millones de años de experiencia

Y allí está, en la plaza, frente al torero, mientras miles de personas contienen la respiración. El dinosaurio ya ha visto desaparecer civilizaciones, continentes y especies enteras. Ahora solo necesita esquivar la siguiente moda. Lleva los cuernos por delante y millones de años de experiencia. Pero esta vez, mirando al torero, sospecha que quizá el problema no sea sobrevivir, sino entender a los humanos.

Nunca había visto a nadie enfrentarse a un dinosaurio con una tela. Y mucho menos hacerlo vestido de luces, como si aquello fuera lo más normal del mundo. El dinosaurio se pregunta si la evolución no siempre mejora las cosas. Quizá la próxima extinción no necesite meteoritos. Viendo lo que ha venido después, cree que el meteorito se quedó corto.



El éxito y el fracaso son personajes de papel

Sherlock Holmes y don Quijote tenían algo en común: los dos vivían rodeados de ficción. Uno perseguía criminales entre las sombras; el otro, gigantes donde solo había molinos. La diferencia es que Holmes sabía que estaba dentro de una ficción y Quijote no tenía ni idea. Uno necesitaba pistas; el otro, aventuras. Uno resolvía misterios y el otro los inventaba a medida que avanzaba.

Hemos perfeccionado el método: una ocurrencia puede convertirse en una opinión respetable si la vestimos de argumentos. Y un disparate, en inteligencia si conseguimos presentarlo con suficiente seguridad.

Holmes sabía que era ficción. Quijote no sabía que estaba loco; nosotros ni siquiera necesitamos estarlo: nos basta con creernos el rey del mambo, pero somos la última mierda que cagó Sancho Panza.





Cuatro patas, ni un palo al agua y no se moja

Hay quien ha hecho de no mojarse una profesión. Nunca se mete en problemas, nunca se complica y jamás da un paso que pueda salpicarle. Si hay que decidir, espera. Si hay que actuar, desaparece.

Y si algo sale mal, aparece de inmediato para explicar por qué él ya lo había advertido. Siempre está cerca cuando toca recoger y lejos cuando toca trabajar. Sabe hasta dónde puede acercarse sin mojarse y cuánto puede alejarse sin dejar de parecer implicado.

Pero cuando llega la hora de repartir, lo ves como por arte de magia. Las manos secas, la palma abierta y una precisión admirable para saber exactamente dónde ponerse cuando empiezan a repartir. Hay que reconocerle el mérito: ha conseguido convertirse en pez sin aprender a nadar.

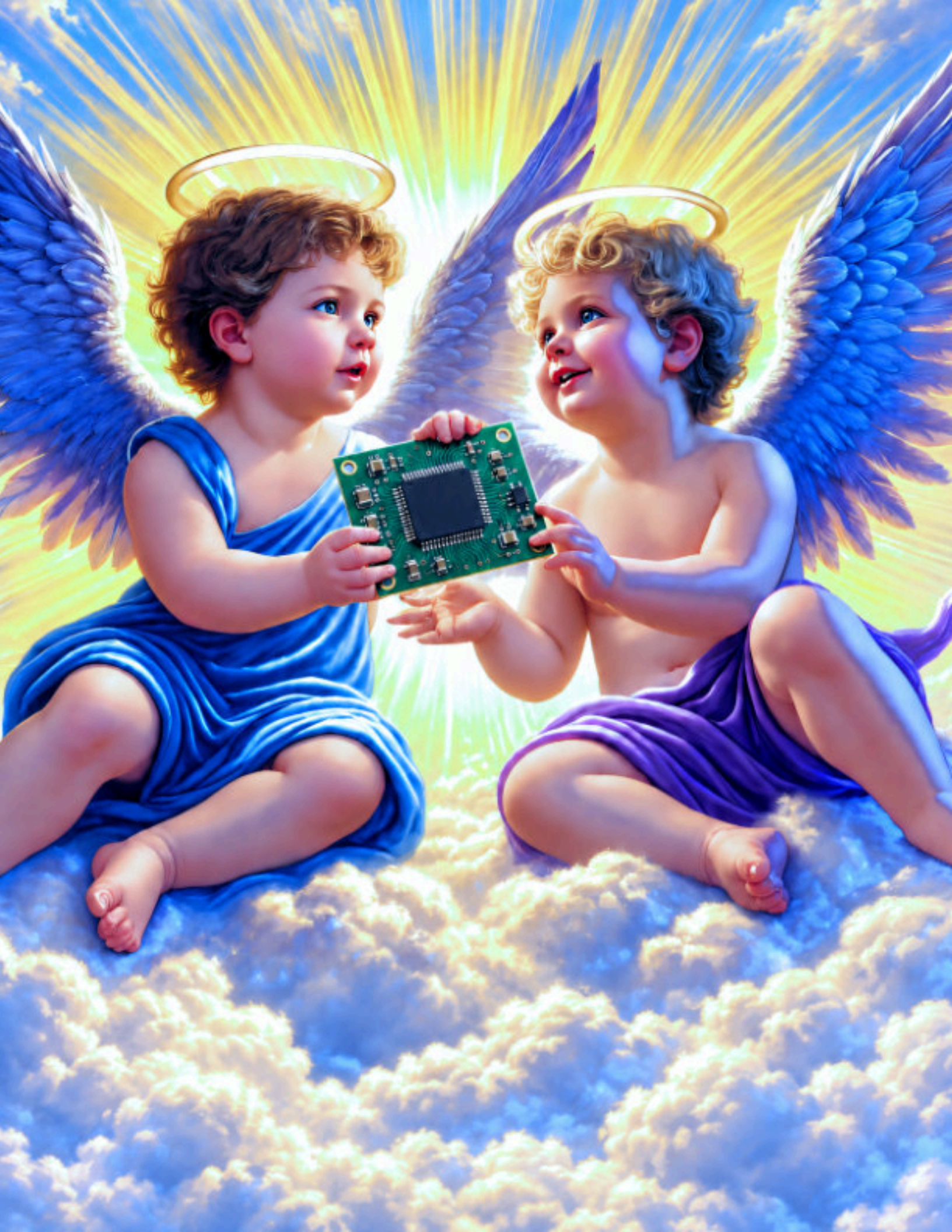




Te traigo una actualización

El cielo también se ha modernizado. Ahora, en lugar de entregar milagros, te da un chip y te explica que contiene la última actualización. Si falla, la culpa es del fabricante, de la conexión o del usuario. Siempre hay algún motivo y ninguna solución inmediata. Y si pre-guntas cuándo estará arreglado, te responden que están trabajando en ello. Es una forma elegante de decir que nadie tiene ni idea.

Antes esperábamos un portento. Ahora necesitamos las instrucciones. Si no las entiendes, siempre puedes buscar un vídeo de alguien que tampoco las haya entendido. Y cuando todo falla, queda una posibilidad: apagarlo, volverlo a encender y confiar en que se arregle solo. Después de siglos de esfuerzos por comprenderlo todo, conseguir que semejante galimatías funcione sigue siendo un auténtico milagro.

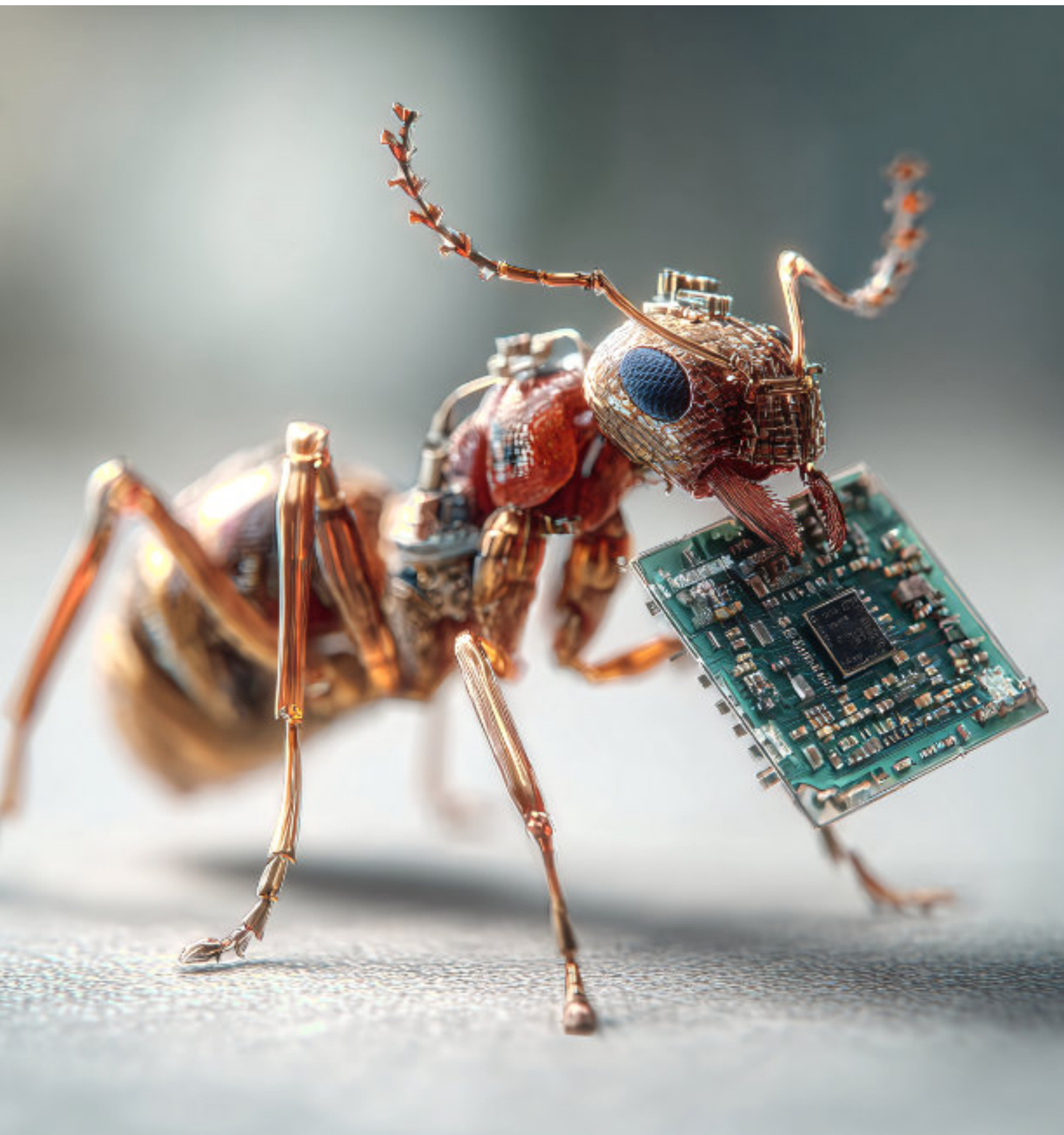


Los nanómetros pesan menos

Hablamos de nanómetros como si hablásemos de legañas. Hemos conseguido meter cada vez más cosas en cada vez menos sitio.

La tecnología ha logrado fabricar procesadores capaces de hacer millones de operaciones en un instante. El ser humano, mientras tanto, necesita tres reuniones para decidir a quién le toca pringar el viernes por la tarde. La hormiga no entiende de progreso, ni de procesadores, ni de inteligencia artificial. Lleva millones de años haciendo lo mismo y nadie ha conseguido convencerla de que necesita ir a la moda. Sale, encuentra algo que pesa una barbaridad, lo levanta y se lo lleva a casa. Sin pantalla, sin manual de instrucciones y sin quejarse de que el sistema no responde.

El chip cada vez pesa menos. Lo que cada vez pesa más es lo que te tienes que gastar para seguir en el juego.



Medio oro, medio mierda

Los alquimistas se pasaron siglos intentando convertir el plomo, y de paso hasta algún cagallón que tuvieran a mano, en oro. Casi nunca lo consiguieron, pero al menos dejaron claro que el oro es difícil de fabricar y todavía más difícil de merecer.

Nosotros, en cambio, hemos aprendido a hacer el camino contrario con una facilidad asombrosa: basta un mal negocio, una mala decisión o un exceso de confianza para convertir una fortuna, una carrera o una reputación entera en mierda, y encima sin esfuerzo.

Lo difícil, decían los alquimistas, era convertir la mierda en oro. Lo fácil, hoy en día, es ver a cualquiera convertir el oro en mierda.



La próxima generación no me pillará desprevenido

La ciencia avanza tan deprisa que dentro de poco el niño sabrá hacer cosas que nosotros todavía estamos intentando entender. Y no pienso esperar a que aprenda a hablar para empezar a preocuparme.

Antes de decir su primera palabra, ya estará estudiando estadística, idiomas y matemáticas. Mientras nosotros aprendíamos a sumar con los dedos, él hará cálculos cuánticos.

Mientras nosotros aprendíamos a andar, él ya estará dando conferencias. Mientras nosotros descubríamos el mundo, él estará buscando vida inteligente, como nosotros, pero sin encontrarla.

Cuando pueda hablar, le recordaré que fue engendrado un día que se fue la luz y, al fallar la tecnología, recurrimos al método de toda la vida: de aquellos polvos, estos lodos.





Encuentros en el escaparate

—Cuando su sirviente termine de vestirlo, tendrá que informarme de la situación de este mundo. De momento, veo que mantienen una jerarquía comprensible: uno trabaja y el otro manda. No se moleste en disimular. Reconozco a una autoridad cuando la veo: la mirada vacía, la postura rígida y esa tranquilidad de quien jamás ha tenido que resolver nada por sí mismo.

Tómese su tiempo. Hemos cruzado tres galaxias; podemos esperar a que le ajusten las mangas. Después hablaremos de quién gobierna aquí y de cuánto sabe la población. Aunque, viendo su aplomo y cómo guarda silencio mientras su subordinado se pone nervioso, sospecho que estoy ante el alto mando. En mi planeta también se llega muy arriba dejando que sean otros los que suden.





He intentado quitar esta página.
Se pegó a la siguiente y no se
ha soltado.

No te quiere por tu dinero

Hay personas que dicen quererte por lo que eres, pero siempre ayuda que ese «eres» venga acompañado de una cuenta corriente saneada. El perro, en cambio, no necesita hacer números: te ve llegar, mueve la cola y da por resuelto el asunto. Por eso los ricos tienen perro. Es de los pocos seres capaces de demostrar cariño sin que le importe tu pasta, tu apellido ni qué coño pintas en la vida.

El perro no sabe si has cobrado, si debes dinero o si estás arruinado. Le da exactamente igual. El perro solo pregunta una cosa: ¿qué has traído? Los buitres olfatean primero quién ha pagado, para poderle gorrear después.



¿Y si pulsamos Control Z?

—Dicen que la inteligencia artificial se equivoca mucho, majestad.

—Sí, pero más deprisa que nosotros. Antes, para tomar una mala decisión, había que reunir al consejo, escuchar a los sabios, consultar los archivos... A veces perdíamos semanas. Y ahora basta con preguntarle. Nos da una respuesta, nosotros la damos por buena y, antes del almuerzo, ya hemos cometido varios errores de Estado.

—Un progreso extraordinario, majestad.

—Y con unas explicaciones impecables. Yo no entiendo la mitad, pero tranquiliza mucho verlas tan bien escritas.

—¿Y si le preguntamos cómo arreglar lo que hemos hecho?

—Ya lo hice. Dice que el problema está en quienes gobiernan.



Se mordió la cola y perdió la cabeza

El culpable estaba entre sus dos extremos, pero cada cabeza juraba que había sido la otra. Una acusaba, la otra se defendía y las dos tenían argumentos de sobra para demostrar que la culpa siempre estaba en el otro extremo.

Así pasó la vida: discutiendo consigo misma, recorriendo el mismo camino y acumulando datos para un conflicto que nadie sabía cómo había empezado. Cuando una intentaba avanzar, la otra tiraba en dirección contraria. Cuando una quería girar, la otra también. Habían conseguido algo que parecía imposible: estar en desacuerdo incluso compartiendo cuerpo.

Después de tantos años de discusión, decidieron acabar de una vez. Una se comió a la otra. Pero todavía no se han puesto de acuerdo sobre quién se comió a quién.



No son tatuajes, son cicatrices

El cartel dice «coleccionista de tatuajes». Debería decir «coleccionista de cicatrices»: ninguno de estos dibujos salió de un estudio.

Este me lo hizo un desamor. Este otro, un atraco. Este de aquí, un tiesto que se cayó de un balcón y decidió aterrizar en mi cabeza.

Los tatuajes se eligen y se pagan. Estas, en cambio, aparecen cuando les da la gana, no traen instrucciones para quitarlas y, encima, cobran en dolor en vez de en dinero. Nunca me tatué: no iba a pagar por algo que la vida ya me regaló gratis. Las cicatrices no me dejaron elegir.



¿Quién fue primero, el huevo o la tortilla?

Hay preguntas eternas y otras que se despejan nada más entrar en la cocina. El dilema del huevo y la gallina es un clásico; la tortilla, en cambio, se resuelve de forma práctica: depende de quién le dé la vuelta. Una tortilla cambia de lado en un segundo, y las opiniones también. Todos queremos tener razón, pero nadie quiere la parte quemada. Y si se rompe, siempre habrá alguien dispuesto a explicar que era exactamente lo que pretendía hacer.

Por eso algunos saltan de bando con facilidad: no buscan la verdad, buscan el lado comestible. Y cuando lo encuentran, aseguran que siempre estuvieron ahí. A estas alturas, que discuta el resto; la clave es saber quién tiene la sartén por el mango.



Por fin tengo la pasta en la punta de la lengua

Nunca había estado tan cerca de comerme cien euros. La cosa tiene su lógica: si la pasta se puede ganar, perder, ahorrar, gastar y hasta esconder, ¿por qué no se iba a poder saborear?

Esta vez la han puesto en la heladera. Tiene forma de bola, parece deliciosa y lleva un billete de cien euros dentro. Después de tantos años buscando la pasta, resulta que la encuentro justo cuando más hambre tengo. Uno acaba desarrollando un paladar especial. Distingue el dinero fresco del que ya ha pasado por demasiadas manos, reconoce el sabor de una nómina y hasta aprende a saborear un billete antes de gastarlo.

El dinero no sabe a nada, pero alimenta más que un recibo. Y justo cuando lo tienes en la punta de la lengua, aparece el banquero, te presta un dinero que no necesitas, hace que lo gastes en memeces y consigue que, en vez de comer el helado, te comas los intereses, y encima le des las gracias.



¿Qué hora es?

El tiempo está en todas partes, aunque nadie sepa muy bien qué es. Aquí tienes un reloj de relojes, en el que los de arriba entran redondos, muy seguros de sí mismos. Hasta que encuentran el agujerito y tienen que pasar por el tubo. Pero pasa: el tiempo siempre acaba metiéndose por donde sea. Quieren salir por arriba y saldrán por abajo, no hay otra. Como nosotros.

Cada uno tiene su hora: la de empezar, la punta, la de apoquinar. Un momento se acaba en un parpadeo, hasta te puedes morir en uno; una hora da para mucho más. Dicen que el tiempo lo arregla todo. Y el que tendrá que arreglarse... seremos nosotros.



Se me ha caído el mundo encima

El mundo, cuando se te pega a la piel, es para siempre. Quizá por eso pasamos media vida intentando quitárnoslo de encima y la otra media explicando lo mucho que pesa.

Cada uno carga con lo suyo: preocupaciones, obligaciones, problemas que nadie le ha pedido y, en muchos casos, los problemas de los demás, que siempre encuentran a alguien dispuesto a recogerlos. Pero hay alguien que lleva el mundo a cuestas sin quejarse. La vaca. Lo carga todos los días, come, camina y sigue como si nada.

No necesita vacaciones para desconectar, ni terapia para gestionar sus emociones, ni una aplicación que le diga que respire. La vaca lleva el mundo encima, la ordeñan y de ahí sale la leche. Y con todo lo que lleva encima, nunca le entra mala leche.



Botones, botones, botones y botones

Ríase, que no pasa nada. Alguien tenía que vaciar el saco de botones, y mejor hacerlo con la nariz roja puesta que con cara de funeral. Usted empieza el día apretando el despertador para que se calle. Luego vienen la cafetera, el ascensor, el ordenador, la lavadora y el mando de la tele. Y el móvil, con los dos pulgares trabajando como si cobraran a destajo. Aceptar, responder, comprar, siguiente. Ocho mil botones diarios, por ponerle una cifra, y usted sin enterarse. Ya ni hace falta que existan: se los dibujan en una pantalla y usted obedece. Por la noche, el último: apagar la luz. A este paso, los dedos se nos quedarán planos de tanto pulsar. Y el día que quiera meterse uno en la nariz, esta le pedirá que teclee el PIN.



Mi reino por una gallina

Hay demasiada gente dispuesta a vivir del cuento mientras otros ponen los huevos. Todos quieren un reino, un sueldo y, si puede ser, una corona; lo difícil es encontrar a alguien dispuesto a ensuciarse las manos cuando llega la hora de hacer algo. Porque prometer es barato. Mandar también.

Hay que responder cuando las cosas salen mal y poner algo encima de la mesa que no sean excusas. Ahí es donde empiezan a desaparecer los valientes, como si las responsabilidades fueran contagiosas. Todos tienen una opinión, una solución y hasta un culpable. Lo que escasea es alguien dispuesto a poner los huevos cuando toca y dar la cara después.

Por eso, a estas alturas, ya no hace falta otro rey. Hace falta una gallina. Una que no prometa nada, no dé discursos y, cuando llegue la hora, ponga huevos. Porque para hacer «coc, coc, coc», ya tenemos demasiados cantamañanas.



El camaleón cambia según la ocasión

El camaleón no necesita ideas propias. Le basta con tener cerca a alguien que las tenga y esperar el momento adecuado para copiarlas. De frac cuando toca aparentar; de mendigo cuando toca dar pena. Si hace falta solemnidad, se pone solemne.

Si hace falta humildad, baja la cabeza. Y si mañana cambia el viento, cambia él antes de que nadie note la maniobra. No le interesan las convicciones porque las convicciones pesan y dificultan el cambio de color. La dignidad tampoco le preocupa demasiado: es un lujo para quien necesita conservar el puesto. El camaleón no busca tener razón. Busca estar siempre del lado correcto.

Y para eso no necesita principios: necesita un buen ojo para detectar quién manda. Porque su única convicción es no alejarse nunca demasiado del poder.



Esta no hacía falta.
Pero las otras tampoco y
no ha dicho usted nada.

Me he comido un diccionario

Hay gente que se ha comido el diccionario entero y todavía no ha conseguido digerir una sola idea. Manejan las palabras con soltura, las colocan en fila, las adornan y las hacen desfilar como si cada frase necesitara un derroche de vocabulario para parecer inteligente.

Cuanto más léxico dominan, más convencidos están de que tienen algo que decir, aunque nadie sepa exactamente qué han dicho. Hacen tanto ruido con las sílabas que esperan que nadie note el silencio de las ideas.

Confunden combinar letras con tener pensamiento. Y así pasan la vida: tragando páginas, estrenando términos y construyendo oraciones cada vez más largas. Después de comerse el diccionario entero, cualquiera diría que van a producir una idea. Pero no: solo evacúan verborrea.



Un oficio sin futuro

Toda la vida pidiendo que los traigan preparados, y mira: me lo traen terminado. Los guardias me miran como si tuviera que saber resolverlo yo. A mí, que soy verdugo, me enseñaron a quitar cabezas, no a ponerlas. Como vengan muchos cefalóforos así, no sé qué haré.

Y él tan tranquilo, con la suya debajo del brazo. Seguro que lleva inteligencia artificial incorporada. Se la coloca donde quiere, la cambia cuando se queda anticuada y, si algo sale mal, dice que ese día llevaba otra. Tanto progreso... El condenado viene sin cabeza, y a mí me van a enviar al paro.



¿Estamos lejos?

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¡Con lo lentos que somos! Caracoles, ni más ni menos. Llevamos siglos para avanzar unos metros y, cuando por fin creemos que hemos conseguido algo, descubrimos que todavía nos queda el cosmos entero por delante.

En lugar de dejar estelas de fuego, dejamos estelas de baba. Pero no paramos, con esa confianza absurda de quien no tiene ni idea de adónde va y, aun así, está seguro de que llegará. Y ahí seguimos, atravesando el espacio infinito a nuestro ritmo, convencidos de que algún día llegaremos a alguna parte.

A este paso, llegaremos miles de millones de años tarde, y el universo va a tener que esperarnos.



El lápiz que se hacía pasar por cámara

Nadie sospecha de un lápiz. Como mucho, esperan que escriba una lista de la compra, un teléfono en una esquina de un papel o cualquier otra cosa que mañana nadie recuerde.

Pero este puede dibujar, definir, ordenar, dictar... y, cuando hace falta, dejar algo que otros preferirían no ver. Puede poner una idea en su sitio, señalar un error que nadie quería reconocer o dejar una línea donde hasta entonces solo había dudas.

Siempre hemos confiado en los lápices porque parecían inofensivos. Quizá ese haya sido su truco. Mientras todos miraban la cámara, él estaba trabajando tranquilamente. Y ahora entiendo por qué se disfrazó de cámara.



Este equipaje es la pera

Esta maleta lleva dignidad. Espero que no me pongan problemas ni me cobren en la aduana por exceso de equipaje. Con esta forma, seguro que me la registran.

Pesa más de lo que parece. Aunque cada vez ocupa más y sirve para menos. Hay quien la saca solo cuando le conviene, como si fuera una tarjeta de crédito moral: la enseña, consigue lo que necesita y vuelve a apartarla hasta nuevo aviso. Y están los que aseguran tener mucha, pero les hace falta que los demás se la reconozcan continuamente.

Cuando la tiras a la basura, descubres que era lo único que llevabas encima. Quizá por eso hay personas que viajan tan ligeras. La dignidad también se puede extraviar. Pero es que no hay oficina de objetos perdidos.



Oasis con vistas al desierto

Bastó un simple parasol de playa. Ni un milagro, ni un plan estratégico, ni una conferencia internacional sobre el futuro del planeta: un parasol amarillo clavado en la arena. Debajo, la sombra retuvo algo de humedad, rebajó el castigo del sol y acabó llenándose de florecillas. Son pequeñas, por ahora. Alguna, si nadie la pisa, arranca el parasol o decide construir allí un complejo turístico, podría incluso llegar a ser grande. Aquí cada planta administra su miseria con una eficacia que ya querrían muchos gobiernos.



¿Quién será a estas horas?

¿Quién será a estas horas? Lllaman. Uno nunca sabe: puede ser algo importante. Aunque, pensándolo bien, podría ser spam. Estoy en mitad de la faena y no es el mejor momento para ponerse a hablar por teléfono.

El toro está delante, el público espera y yo intento recordar por qué me pareció buena idea contestar una llamada precisamente ahora. Pero las llamadas importantes tienen la mala costumbre de llegar justo cuando uno está haciendo algo que podría ser más importante. El toro espera. Tiene esa paciencia que solo tienen los que no tienen teléfono. Descuelgo.

—¿Sí?

—¿El señor Torero?

—Sí.

—Es el más allá. ¿Confirmará su reserva?

—Estoy en una reunión. Hablemos en otro momento.



Siento que me derrito...

Llevo años intentando mantenerme frío, pero cada vez estoy más achicharrado. No sé si necesito terapia o un congelador.

He probado de todo para conservar la calma. Respirar despacio, contar hasta diez, pensar antes de hablar y hasta fingir que no me importa nada. No ha servido: noto que algo empieza a gotear.

El psiquiatra dice que quizá tengo demasiadas cosas acumuladas. Yo le he explicado que no es acumulación: es deshielo. Cada sesión me hace sentir un poco más ligero, aunque no sé si estoy resolviendo mis problemas o perdiendo volumen.

También está el asunto de la temperatura. Hay días en los que todo me parece demasiado caliente. Uno intenta mantenerse frío, pero resulta difícil cuando el mundo se empeña en subir la calefacción.

El psiquiatra sigue tomando notas. Yo sigo perdiendo agua. A este paso, tendrá que ir a buscar una bayeta.



Flechazos rentables

Cupido se cansó de disparar con los ojos vendados. Demasiadas quejas, demasiadas parejas pidiendo explicaciones. Un día decidió subirse la venda a la frente y mirar por el negocio.

Desde entonces tiene mucha más puntería. Ya no falla un tiro. Lo que pasa es que ha dejado de apuntar al corazón.

Los afectados siguen diciendo que el amor es ciego. Les tranquiliza pensar que ha sido un accidente. Pero Cupido ve perfectamente. Ha convertido el amor en trabajo a destajo: por cada éxito, cobra su parte, y con esta puntería, se está forrando.



No hay mejor cebo que el dinero

Mordemos cualquier cosa, aunque tenga un hierro dentro. El pez no sabe que va a ser pescado. Nosotros sí. Y, aun así, seguimos mordiendo.

El anzuelo puede llevar dinero, poder, prestigio, una oferta irresistible... Cambia el cebo, pero el mecanismo siempre es el mismo: queremos tanto lo que hay al otro lado que dejamos de mirar lo que puede haber escondido debajo. Vemos el premio antes que el peligro.

No es que el anzuelo esté bien escondido. Es que estamos demasiado ocupados mirando el cebo. La codicia no necesita engañarnos demasiado; solo tiene que enseñarnos algo que queramos. El pez muerde porque necesita comer. Nosotros, por gilipollas.



Llevo demasiadas cosas en la cabeza

Unos me piden, otros me exigen; yo intento poner orden. No cuesta tener muchas cosas en la cabeza. Cuesta que ninguna se crea que es la más importante. Todas llegan con prisa, todas tienen algo que decir y, por supuesto, todas creen tener razón.

Hay pensamientos que aparecen sin que nadie los haya invitado y otros que llevan años ocupando una habitación que ya no les corresponde. Los hay pesados, insistentes, absurdos y alguno que otro que parece haber venido únicamente a tocar los cojones. Intento organizarlos, pero siempre queda alguna idea dando vueltas como una mosca que se ha aprendido el plano de la casa.

Ahí dentro no hay sitio para todos. Algunos son ideas. Otros, directamente, okupas.



Bailar ahora: mañana veremos

Bailo despacio, pienso despacio y decido todavía más despacio. Llevo toda la vida buscando la solución perfecta y, si algún día la encuentro, probablemente ya no recuerde cuál era el problema.

Mientras los demás corren por la pista como si algo los persiguiera, yo avanzo a mi ritmo. No tengo prisa: las prisas son cosa de quien todavía no ha entendido que llegar antes no es llegar mejor. Además, no necesito ni reloj ni última copa para saber cuándo volver a casa: mi casa la llevo auestas, así que nunca me queda lejos.

Que nadie me meta prisa. Llevo toda la vida llegando tarde a todas partes... pero, como la casa la llevo auestas, a la mía jamás he llegado tarde.





Esta es la última página tonta.
No es que las demás no lo sean.

Me va a dar una indigestión digital

Me paso el día tragando noticias, mensajes, cifras, opiniones y contraseñas que después no recuerdo. La cabeza ya no sabe si está procesando datos o intentando digerirlos.

La información nunca se acaba. Cuando terminas de leer una cosa, ya tienes tres esperando; si consigues entenderlas, aparece una actualización para explicarte que todo lo que acababas de entender ya no servía.

Con razón dicen que la información es poder. Es que ya no puedo con tanto: voy a coger una indigestión y acabaré vomitando algoritmos.



El genio del ordenador

El genio ya no te pide el alma a cambio de tres deseos. Ahora quiere tu ubicación, tus contactos y tu historial de búsqueda, y que aceptes para continuar. ¿Y el alma? El alma ya no cotiza. Lo que vale son tus datos.

Cuando le vendías el alma al diablo, al menos te dejaba disfrutar un tiempo. El genio digital ni siquiera te concede eso: encima te manda notificaciones y te cobra una suscripción que firmaste sin saberlo. No te compra: te recopila, te clasifica y te revende.



Con tantas gafas no lo acabo de ver

Está lloviendo gafas y ninguna viene graduada. Así no hay manera de ver el futuro. Con tanta óptica en el suelo, ni una sola dioptría.

Llevo un rato intentando mirar hacia delante, pero cada vez veo más monturas y menos futuro. El cielo se ha empeñado en mandarme soluciones para la vista cuando lo que necesito es precisamente un poco de claridad. Ni siquiera una miserable media dioptría que me permita distinguir por dónde voy. Las gafas se acumulan en el suelo, chocan contra el paraguas y aparecen por todas partes. Algunas parecen nuevas, otras llevan cristales tan gruesos que podrían servir de ventana. Pero ninguna consigue que vea algo con sentido y sigo tropezando con lo que tenía delante.



¡Sonríe a la vida!

Aquí regalamos sonrisas. Por regalar algo, jejeje. Mira los del cartel: todos riéndose. La chica, el novio, el abuelo... ¿De qué se ríen? ¿De lo bien que se lo pasan aquí? Porque se sientan en el sillón y se les acaba la alegría. Les enseño la aguja y ya nadie sonríe. Y eso que los alicates todavía los tengo escondidos.

Yo les digo que se relajen, que están en buenas manos. Alguno me pide un espejo para ver cómo le ha quedado la boca. Yo espero a que pague, que entonces la abre más. El que se ríe soy yo cuando preparo las facturas. A partir de ahora, antes de dárselas, les pondré anestesia.



Cuando internet iba por señales de humo

La conexión era rápida y sobraban cavernas para almacenar datos. Solo había que tener cuidado con quienes sabían leer el humo.

En aquellos tiempos no existían servidores, contraseñas ni cables de fibra. Bastaba una buena hoguera, algo de viento y alguien con paciencia para enviar un mensaje al otro lado de la montaña. La velocidad dependía de las ganas del fuego; la cobertura, de que no apareciera una tormenta.

Las cavernas eran enormes discos duros: allí cabía de todo. Historias, dibujos, animales, guerras y alguna que otra exageración. Eso sí, borrar un archivo era complicado. Una vez pintado, podía quedarse allí durante decenas de miles de años. La nube todavía no existía, pero memoria no faltaba. La tecnología era rudimentaria. El espionaje, no: los enemigos también sabían leer el humo.



Multitarea por el día y por la noche

Tengo una pata para cada afición: una para el juego, otra para el tabaco, otra para el alcohol, otra para el dinero y las demás para no perderme ninguna barra de bar.

Hay quien dice que tener demasiados vicios es un problema. Yo lo veo de otra manera: hay que saber repartirlos. El juego necesita tiempo, el tabaco necesita pausas, el alcohol necesita compañía y el dinero necesita estar siempre presente, por si acaso. La noche, en cambio, no necesita ninguna excusa: cuando empieza, ya encuentra sola el camino hacia la barra. A veces me preguntan cómo puedo mantener tantas aficiones al mismo tiempo.

Complicarme la vida es la única afición que practico con las ocho patas.





¿Quién es el dueño?

Creemos que tenemos un móvil, pero el móvil cree que nosotros somos su mascota. Nos tiene tan bien adiestrados que basta una vibración para que dejemos todo lo que hacemos. Nos pasamos el día pendientes de él, esperando que nos dé algo. Si lo perdemos, nos entra la angustia. Le compramos ropa, le damos de comer y lo llevamos a todas partes.

A cambio, él nos vigila y les cuenta a otros todo lo que hacemos. Al menos los perros son más decentes. Aunque tampoco tengo muy claro quién es el dueño de quién.



Demasiadas velas, pero sigo en pañales

Entre el chupete y la jubilación, veo todas las hojas de calendario en el suelo. El viento se las llevará, pero no sé adónde.

Uno empieza con un chupete en la boca y termina preguntándose dónde ha ido a parar todo lo que había entremedio. En algún momento dejamos los pañales, aprendemos a caminar y empezamos a acumular responsabilidades como si fueran cromos. El suelo está lleno de hojas de calendario, pero cuando las miro desde aquí tampoco sé muy bien de dónde han salido. Algunas deben de estar debajo de la mesa, otras se las habrá llevado el viento.

No tengo muy claro qué se supone que debería haber aprendido. Han pasado setenta y cinco años y sigo en la inopia.



El cine ya no llega al cielo

Aquí arriba seguimos esperando una buena película. Últimamente nos llegan solo bodrios y hasta los ángeles nos dormimos viéndolos.

Antes, cuando una película llegaba al cielo, hablábamos de historias, actores y finales capaces de quedarse flotando. Ahora llegan presupuestos, previsiones y estudios de mercado. El cine tiene estrellas, luces y sueños, pero cada vez necesita más números para justificar su existencia. Antes se rodaba una película y después se esperaba que funcionara. Ahora primero hay que demostrar que hará caja para que alguien se atreva a rodarla. Una historia necesita imaginación, riesgo y alguien dispuesto a equivocarse.

Aquí arriba seguimos esperando una buena película. Para rendir cuentas, ya tenemos el Juicio Final.



Una rosa de última hora

Nace entre titulares, escándalos y malas noticias. Hoy está fresca; mañana nadie la recuerda. Se marchita enseguida. Pero tranquilo: ya viene otra por florecer.

Las noticias tienen algo de flor de temporada. Nacen de prisa, crecen entre titulares y duran exactamente lo que tarda en aparecer algo más escandaloso. Una portada puede ocuparlo todo por la mañana y convertirse en papel viejo antes de que termine el día. La actualidad es caprichosa. Un día tenemos un escándalo, al siguiente una tragedia y, cuando parece que ya no puede pasar nada peor, aparece alguien dispuesto a demostrar lo contrario. Y si no ocurre nada, no hay problema: siempre podemos hablar durante veinticuatro horas de lo que ocurrió ayer. Las noticias no mueren cuando se descubre que son falsas, sino cuando dejan de dar audiencia. La verdad acostumbra a llegar cuando ya no mira nadie.



Ahora que duerme, estiraré las piernas

Conozco cada rincón de este cuerpo mejor que él mismo. Sé cuándo tiene hambre, cuándo está cansado y cuándo decide que ya es hora de dormir. Yo, mientras tanto, sigo aquí dentro, haciendo mi trabajo sin cobrar, sin vacaciones y sin posibilidad de presentar una queja.

Hace un calor de cojones y este cabrón no me deja salir nunca. Se pasa el día llevándome de un lado para otro, pero para mí todo sigue siendo lo mismo: carne, músculos y oscuridad. Ni una ventana ni una terraza. Pero hoy ha tenido un descuido. Se ha quedado dormido, ha abierto la boca y, por una vez, tengo una salida. Después de tantos años encerrado, no pienso desaprovecharla.

Me voy a dar una vuelta, estirar las piernas y conocer mundo sin tener que cargar con este. Y si quiere volver a verme, que mire su radiografía.



De tal palo, tal acorde

Mi padre era un piano. Mi madre, una guitarra. Así he salido yo: unas veces doy la nota y otras pierdo el compás. En casa, mi padre imponía el tono y mi madre le seguía la cuerda. Yo heredé las teclas de uno y las cuerdas de la otra, pero el oído no me vino de serie.

Por eso, cuando me pongo nervioso, me desafino. Y cuando intento ponerme de acuerdo conmigo mismo, termino tocándome los bajos y hecho un lío con los bemoles.



Hay que saber dónde morder

Desde pequeños nos enseñan que hay que comerse el mundo, como si bastara con abrir la boca y empezar a morder. Pero el mundo tiene zonas más blandas y otras que conviene tocar con cuidado.

Hay oportunidades que entran a la primera y otras que necesitan paciencia. La experiencia consiste, en buena medida, en aprender a distinguirlas antes de tener que visitar al dentista. Porque morder es fácil. Saber dónde, no. El hambre, la ambición y las ganas de llegar más lejos suelen empujarnos hacia lo primero que tenemos delante. Y después vienen las consecuencias.

Quizá por eso convenga mirar bien antes de abrir la boca. El mundo está lleno de manzanas, pero algunas tienen gusanos, otras tienen hueso y más de una lleva un laxante que acaba en diarrea.



Nunca di golpe...

—Esto te lo hace la inteligencia artificial.

—Claro. Antes me lo hacían los pinceles.

Yo me tumbaba, me servía una copa y esperaba.
Ellos tenían las ideas, elegían los colores y resolvían el cuadro.

Ahora hace lo mismo el ordenador. Yo ni pienso.

¿Para qué?

Solo me falta que las herramientas firmen. Porque para juzgar el cuadro, ahí sí que necesitáis saber quién lo ha hecho. No vaya a ser que os guste antes de leer el nombre. Y luego tengáis que cambiar de opinión.



El mensaje en una botella

Podemos mandar un mensaje al otro lado del mundo en un segundo, saber dónde está cualquiera y localizar un paquete que viene de China, pero para encontrar a una persona dispuesta a prestar atención tenemos que recurrir a una botella lanzada al mar.

La botella se deja llevar por las olas y confía en que alguien la encuentre. No sabe quién será ni cuándo ocurrirá, pero al menos conserva una esperanza que nosotros hemos ido perdiendo entre notificaciones, pantallas y conversaciones que nadie termina de leer.

Por eso seguimos lanzando señales. No porque no sepamos comunicarnos, sino porque hemos conseguido algo mucho más difícil: comunicarnos sin escuchar a nadie.

¡Socorro! Me he quedado sin cobertura.



Índice

Índice

- 6 — Pensamiento cautivo que se desata
- 8 — Los noes también fabrican síes
- 10 — Las flores que come son de jamón
- 12 — El miedo del fantasma
- 14 — Esto es un desnudo integral...
- 16 — Un cerdo con cien jamones
- 18 — Chorizo artesano de última generación
- 20 — El pollo está dentro de la salchicha
- 22 — Aquí no pesco ni un algoritmo
- 24 — Solo he venido a mirar
- 28 — ¡Es brujería!
- 30 — Dudas existenciales
- 32 — Crecepelo de cejas
- 34 — Carne para los tiburones y alpiste para las palomas
- 36 — Una serie de amebas mareadas se unieron
- 38 — Es un sin parar
- 40 — Este viene con millones de años de experiencia
- 42 — El éxito y el fracaso son personajes de papel
- 44 — Cuatro patas, ni un palo al agua y no se moja
- 46 — Te traigo una actualización
- 48 — Los nanómetros pesan menos
- 50 — Medio oro, medio mierda
- 52 — La próxima generación no me pillaré desprevenido
- 54 — Encuentros en el escaparate
- 58 — No te quiere por tu dinero
- 60 — ¿Y si pulsamos Control Z?
- 62 — Se mordió la cola y perdió la cabeza
- 64 — No son tatuajes, son cicatrices
- 66 — ¿Quién fue primero, el huevo o la tortilla?
- 68 — Por fin tengo la pasta en la punta de la lengua
- 70 — ¿Qué hora es?
- 72 — Se me ha caído el mundo encima
- 74 — Botones, botones, botones y botones
- 76 — Mi reino por una gallina
- 78 — El camaleón cambia
- 82 — Me he comido un diccionario
- 84 — Un oficio sin futuro
- 86 — ¿Estamos lejos?
- 88 — El lápiz que se hacía pasar por cámara
- 90 — Este equipaje es la pera
- 92 — Oasis con vistas al desierto
- 94 — ¿Quién será a estas horas?
- 96 — Siento que me derrito...
- 98 — Flechazos rentables
- 100 — No hay mejor cebo que el dinero
- 102 — Llevo demasiadas cosas en la cabeza
- 104 — Bailar ahora: mañana veremos
- 108 — Me va a dar una indigestión digital
- 110 — El genio del ordenador
- 112 — Con tantas gafas no lo acabo de ver
- 114 — ¡Sonríe a la vida!
- 116 — Cuando internet iba por señales de humo
- 118 — Multitarea por el día y por la noche
- 120 — ¿Quién es el dueño?
- 122 — Demasiadas velas, pero sigo en pañales
- 124 — El cine ya no llega al cielo
- 126 — Una rosa de última hora
- 128 — Ahora que duerme, estiraré las piernas
- 130 — De tal palo, tal acorde
- 132 — Hay que saber dónde morder
- 134 — Nunca di golpe...
- 136 — Me he quedado sin cobertura



Este es un catálogo de desvaríos donde la IA y la estupidez natural se dan de bruces. Aquí dentro no vas a encontrar algoritmos ni discursos: solo sátiras, gráficos y ocurrencias en los que los «noes» son «síes» y nadie sabe muy bien quién está programando a quién.

Descubre de lo que es
capaz una mente cuando
nadie le dice que pare.

E-mail: baroppainter@gmail.com
www.baroparellada.com